

los labios cuando se piensa en el triste porvenir que le espera. Si fuera un verdadero grande hombre, cambiaria su destino y venceria la fatalidad que le rodea. Todavía es tiempo ; mientras existe un pueblo, hay en su religion y en su nacionalidad un principio de energía y de resurreccion que un genio habil y fuerte puede fecundizar, remover, regenerar y conducir á una gloriosa trasformacion ; pero Mahmud no tiene de un grande hombre mas que el corazon.— Intrépido para pelear y morir, el resorte de su voluntad flaquea cuando es preciso obrar y reinar : cualquiera que sea su suerte, la historia le compadecerá y le honrará. Ha intentado grandes cosas ; ha comprendido que su pueblo perecia si él no le trasformaba ; ha aplicado la hoz á las ramas muertas del arbol ;— no sabe dar la savia y la vida á lo que queda en pie de ese tronco sano y vigoroso : — ¿ es culpa suya ? Creo que sí. — Lo que restaba hacer era nada, comparado á la destruccion de los jenizaros ; nada oponia resistencia en Turquía. La Europa, tímida y ciega, le favorecia con su cobardía y su inercia. Se han perdido escelentes circunstancias ; los años han pasado : el audaz Ibrahim ha convertido en provecho propio la impopularidad del sultan ; la Rusia ha sido aceptada como protectora : — esta vergonzosa proteccion de un enemigo natu-

ral contra un esclavo rebelde, ha indignado al islamismo ; Mahmud no tiene ya nada en su favor mas que su denuedo personal. Rodeado de cortesanos y de traidores, un motin puede derribarle del trono y precipitar al imperio en una anarquía final. La Turquía estriba en la vida de Mahmud ; el imperio y él perecerán el mismo dia. Grande y fatal destino de un príncipe que se llevará consigo las dos mas hermosas mitades de Europa y Asia !

.....

21 de junio.

A las once arribamos á la escala del antiguo serrallo, y entramos en las calles que le rodean. Visité de paso el divan de la Puerta, vasto palacio donde vive el gran visir y donde se discute la política del imperio, pero que nada notable tiene mas que la impresion que causa el pensar en las escenas de que ha sido teatro : nada en el caracter del edificio recuerda tantos sangrientos dramas. Es un gran palacio de madera pintada, con una escalera exterior, cubierta por un alero con festones al uso de las Indias ó de la China. Las salas estan desnudas y esteradas ; — de allí bajamos á la plaza donde tan-

tas veces se abrió la tremenda puerta del serrallo para vomitar las sangrientas cabezas de los visires y aun de los sultanes. Pasamos aquella puerta sin obstáculo; el público entra en el primer patio del serrallo, que está plantado de hermosos árboles y baja por la izquierda á un magnífico edificio, que es la casa de la moneda, construcción moderna, sin ningún carácter oriental. Los Armenios, directores de la moneda, nos recibieron muy bien, y nos abrieron las arcas donde se guardan las joyas que hacen fabricar para el serrallo: — lluvia de perlas y de diamantes, ¡pobres riquezas que arruinan un imperio! Apenas un estado se civiliza, esas representaciones ideales de la riqueza se truecan en una riqueza real y productiva, la tierra y el crédito. Después de una breve parada, entramos en el último patio del serrallo, inaccesible á todo el mundo, excepto á los empleados del serrallo, y á los embajadores en los días de su recepción; le rodean varias alas de palacios y kioskos, separados unos de otros, habitaciones de los eunucos, de los guardias y de los esclavos; todo él está lleno de árboles y fuentes. Cuando llegamos á la tercera puerta, los soldados de guardia debajo de la bóveda rehusan obstinadamente dejarnos entrar; en vano Rustem-Bey se hizo reconocer por el oficial turco que mandaba el piquete, pues le

opuso su consigna, y le dijo que espondría su cabeza si me dejaba penetrar. Ya nos volvíamos muy cabizbajos, cuando se nos llegó el kesnedar ó tesorero mayor, que salía de la casa de moneda é iba al serrallo donde vive: amigo de Rustem-Bey, entró en conversacion con él, é informado de lo que nos pasaba, nos dijo que le siguiésemos, y nos introdujo sin ninguna dificultad en el patio de los Icoqlanes. Forman este patio, menos espacioso que los primeros, varios pequeños palacios, en forma de kioskos, muy bajos de techo, sustentados por columnitas ó pilares morunos de madera pintada: las columnas, los pilares, las paredes y los techos son también de madera labrada y pintada de varios colores. Los patios y jardines, formados por los vacíos que dejan entre sí los kioskos, irregularmente diseminados en el espacio, están plantados irregularmente también de árboles hermosísimos y en extremo añosos; sus ramas caen sobre los edificios y cubren los tejados y las azoteas. Forman el ala derecha de estas construcciones las cocinas, que son inmensas. Para formarse idea de la magnitud de este edificio, basta saber que el sultan mantiene á todas las personas dependientes de la corte y del palacio, y que este número de comensales asciende por lo menos á diez mil por día. Delante de las cocinas

hay un lindísimo palacio, rodeado de una galería ó pórtico, que es el de los pages ó Icoglanes del serrallo, donde el Gran-Señor mantiene y hace educar á los hijos de las familias de su corte, ó á jóvenes esclavos destinados á los empleos del serrallo ó del imperio. Este palacio, que sirvió en otro tiempo de residencia á los sultanes, está decorado por fuera y por dentro con una profusion de cinceladuras, de esculturas y de molduras doradas de muy buen gusto : los techos son tan ricos como los de los mas hermosos palacios de Francia ó de Italia ; los pisos son de mosaico. Está dividido en varias salas, casi iguales, y todas obstruidas á derecha é izquierda con nichos y sitiales de madera tallada, muy parecidos á las mejores sillerías de los coros de nuestras antiguas catedrales. Cada una de ellas forma el cuarto de un Icoglan ; en el fondo hay una tarima donde recoge sus cogines y sus alfombras y donde sus vestidos están colgados ó metidos en un cofre de madera dorada : — encima de los sitiales se estiende una especie de tribuna saliente que contiene otros tantos sitiales como la sala inferior ; todo ello está iluminado por claraboyas ó ventanillas abiertas en lo alto del edificio. Los jóvenes Icoglanes, que todos eran antiguos discípulos de Rustem-Bey, le recibieron con la mayor alegría y con una verdadera

ternura, cual á un padre querido y por largo tiempo esperado. El escelente corazon de aquellos muchachos le conmovió á punto de arrancarle lágrimas, y hasta á mí mismo me conmovian aquellas muestras tan espontáneas y francas de cariño y gratitud ; todos le cogian las manos y besaban los faldones de su levita.

— ; Rustem-Bey ! Rustem-Bey ! exclamaban, y todos acudian á recibir á su amigo palpitando de júbilo é impaciencia, colmándole de caricias, y diciéndole ya unos, ya otros : Rustem-Bey ¿ porqué nos abandonas hace tanto tiempo ? Tú eras nuestro padre y no podemos vivir sin tí : todo cuanto sabemos, te lo debemos á tí. Alá y el sultan te han enviado para hacer de nosotros unos hombres, porque antes no eramos mas que esclavos é hijos de esclavos. El nombre de los Osmanlis era una injuria, un sarcasmo en Europa ; ahora sabremos defenderle y honrarle, pero dí al sultan que te envíe otra vez con nosotros ; ya no estudiamos, y nos consumimos de tedio y de tristeza. — Cinco ó seis de aquellos mancebos, de rostro agraciado, franco, inteligente, admirable, nos cogieron de la mano y nos llevaron por todas partes : luego pasamos á su sala de recreo, que es un kiosko rodeado de divanes y de fuentes que caen de las paredes en copas de marmol ; una escalera, labrada en el grueso de las pare-

des, conduce á las piezas de servicio, donde una multitud de esclavos, á las órdenes de los Ico-glanes, tiene continuamente lumbre encendida para las pipas y el café, como tambien sorbetes y bebidas heladas para ellos. En este salon hay toda especie de juegos; algunos estaban jugando al ajedrez. Hiciéronnos servir sorbetes y helados; y, tendidos en el divan, hablamos largamente de sus estudios y de sus adelantos, de la política de Europa, del destino del imperio, sobre todo lo cual discurrían perfectamente; temblaban de indignacion pensando en su estado actual, y hacían votos por el triunfo del sultan en sus empresas de innovaciones; jamas he visto un ardor mas vivo por la regeneracion de un país, que el que inflamaba los ojos y las palabras de aquellos mancebos. No palpitan con mas entusiasmo los jóvenes Italianos á quienes se habla de independéncia y de luces: — sus ojos brotaban fuego mientras les hablábamos. Los de mas edad podían tener de veinte á veintidos años; los menores, de doce á trece. Escepto en el hospicio militar de los huérfanos de la marina en Greenwich, nunca he visto caras mas admirables que las de algunos de aquellos muchachos; — no querían dejarnos salir, y nos acompañaron hasta donde les está permitido ir, por todos los jardines, patios y kioskos circunvecinos. Uno ó dos

lloraron al separarse de Rustem-Bey. Entre tanto el kesnedar habia ido á dar órdenes á los eunucos y guardas de los jardines y de los palacios para que nos dejaran circular y nos introdujesen donde quisiésemos. — En el fondo del patio, un poco mas lejos que el patio de los Ico-glanes, un ancho palacio nos cerraba la vista y el paso: este segundo palacio, que es el que habitan los sultanes, está rodeado, como los otros que acabamos de visitar, de una galería formada por una prolongacion de los tejados: — en esta galería desembocan las puertas y las infinitas ventanas de las habitaciones: el palacio no tiene mas que un piso bajo. Entramos en las grandes salas que sirven de vestíbulo y dan entrada á las diferentes piezas. Este vestíbulo, muy irregular, es un laberinto formado por los pilares que sustentan los techos, y dan nacimiento á vastos corredores circulares para el servicio de las habitaciones. Los pilares, los techos, las paredes, todo es de madera pintada y tallada en el gusto moruno. Las puertas de las estancias imperiales estaban abiertas, y vimos muchas de ellas, todas casi iguales en la disposicion y ornato de los artonados: todas tienen cúpulas caladas de madera ó de marmol, por donde penetra una templada luz, — anchos y bajos divanes al rededor de las paredes, ventanas á cosa de

medio pie sobre el nivel del piso, que dan sobre los patios, las galerías, los terrados y los jardines, — alfombras, esteras y almohadones : — á esto se reducen todas ellas. En el lado del palacio opuesto á la fachada por donde entramos, hay una gran meseta á manera de azotea, hecha de piedra y enlosada de marmol, sobre la cual se alza un hermoso kiosko donde se sienta el sultan cuando recibe á los embajadores, y que parece una capillita moruna ; desde él se disfruta una vista deliciosa de Constantinopla, del puerto, del mar de Mármara y del Bósforo : en la galería abierta entre este kiosko y el palacio hay varias fuentes de marmol con hermosos surtidores. Es un paseo encantador ; las ramas de los arbustos y de los rosales de los jardinillos que cubren los terrados inferiores, rastrean sobre las barandas y embalsaman el palacio. Penden de las paredes algunas pinturas en marmol y en madera que representan vistas de la Meca y de Medina, que examiné con suma curiosidad. Estas vistas son como unos planos sin perspectiva, y perfectamente conformes á lo que refiere Ali-Bey <sup>1</sup> de la Meca, de la Kaaba, y de la disposicion

<sup>1</sup> Acaso no todos nuestros lectores sabrán que este Ali-Bey fué un célebre y sabio viagero español del siglo pasado, llamado don Domingo Badia, que recorrió gran parte de Asia y de Africa, lo-

de los varios monumentos sagrados de la ciudad santa, que prueban que este viagero fué realmente á visitarlos. Lo que dice de la galería circular que rodea el area de las diferentes mezquitas se halla comprobado en estas pinturas, donde se ve aquel pórtico que recuerda el de San-Pedro de Roma.

Siguiendo la meseta del palacio, á la izquierda, se llega, por un estrecho balcon sostenido por altos terrados, al haren ó palacio de las sultanas, que estaba cerrado á la sazón, y solo contenia un corto número de odaliscas. No nos acercamos mas á aquel recinto vedado. — Unicamente vimos las ventanas enrejadas, y los deliciosos balcones rodeados tambien de verjas y de persianas entretegidás con flores, donde pasan las mugeres los dias contemplando los jardines, la ciudad y el mar. Desde donde estábamos veíamos una multitud de jardinillos rodeados de paredes de marmol, regados por abundantes surtidores, y dispuestos con la mayor simetría, á los que se baja por unas escaleras, y que comunican unos con otros : algunos tienen elegantes kioskos ; allí es donde se pasean y disfrutan de la naturaleza las mugeres y los niños del haren.

grando pasar por Turco bajo aquel nombre, tan familiarizado llegó á estar con la lengua y los usos de los musulmanes. — N. del T.

Llegamos á la cuesta del serrallo, al punto donde empieza á bajar hácia el puerto y hácia el mar de Mármara, que es el terreno mas elevado de este sitio único en el mundo, y desde donde abarca la vista todas las colinas y todos los mares de Constantinopla. Largo rato nos detuvimos allí, disfrutando una perspectiva inversa de la que he descrito desde lo alto del belveder de Pera. Mientras estábamos en aquel terrado del palacio, dió la hora de la comida, y vimos pasar una muchedumbre de esclavos que llevaban sobre la cabeza grandes bandejas de estaño en que iba la comida de los oficiales, de los empleados, de los eunucos y de las mugeres del serrallo. Asistimós á varias de aquellas comidas, compuestas de *pilós*, de aves, de *kubés*, especies de albondi uillas hechas con arroz y carne picada, asadas en una hoja de parra, de panecillos y de un vaso de agua. Donde quiera que el esclavo encontraba á su amo, allí servia la comida, ya en un rincon de una sala del palacio, ya en el terrado, á la sombra del tejado, ya en los jardines, á la sombra de un arbol, junto á una fuente.

Vino el kesnedar á buscarnos y nos llevó al kiosko donde vive, en frente del tesoro del serrallo. Este tesoro, donde estan sepultadas tantas riquezas incalculables, desde la creacion del im-

perio, es un gran edificio de piedra, precedido de un pórtico cubierto, y muy poco elevado; las puertas son bajas y las estancias subterráneas: enormes arcas de madera pintada de colorado contienen las monedas de oro y plata. Todas las semanas se saca cierta cantidad para el servicio del imperio. No solicitamos entrar, pero se dice que ademas del metálico en oro y plata, este *kesné* contiene montones de perlas y diamantes, lo que es muy probable atendida la costumbre que tienen los sultanes de depositar en este sitio todas sus riquezas y de no recurrir á ellas sino en los últimos apuros del estado; pero como estos valores en piedras preciosas no son mas que convencionales, si el Gran-Señor quisiese beneficiarles vendiéndolas, disminuiria su precio á causa de la profusion de ellas que introduciria en el comercio, y este recurso, que parece inmenso para su hacienda, es tal vez ilusorio.

El kesnedar, hombre franco, jovial y discreto, me introdujo en la habitacion que ocupa, y en la que hallé por primera vez, en Turquía, algun lujo de muebles y de comodidades á la europea; los divanes eran altos y estaban cubiertos de almohadones de seda; habia mesas, aparadores, y en ellos, libros, mapas y un globo terraqueo. Nos trajeron dulces y sorbetes: hablamos de las

artes y de las ciencias de Europa comparadas al estado de los conocimientos humanos en el imperio otomano. El kesnedar me pareció tan instruido y exento de preocupaciones como un Europeo. Todo lo comprendia; deseaba el triunfo de Mahmud en sus tentativas de mejoras, pero viejo ya, y habiendo pasado su vida en los empleos de mayor confianza del serrallo bajo cuatro sultanes, esperaba poco y se resignaba filosóficamente al porvenir, viviendo tranquilo y solitario en el fondo de aquel serrallo abandonado. Hízome muchas preguntas sobre todo, — filosofía, religion, poesía, creencia popular de Europa, regimen de los diferentes estados, monarquías ó repúblicas, — política, táctica, á todo pasó revista con una rectitud de juicio, un tino y una sensatez de reflexiones que claramente me manifestaron que estaba oyendo á uno de los hombres mas instruidos del imperio. — Trájome una esfera y su globo terraqueo, y quiso que le esplicase los movimientos de los astros y las divisiones de la tierra: de todo tomó nota y verdaderamente parecia encantado de lo que oia: luego me rogó que me quedase á cenar y á pasar la noche con él. Mucho trabajo nos costó resistir á sus instancias y no pudimos vencerlas sino diciéndole que mi muger y mis amigos, que sabian que yo me hallaba en el serrallo, estarian

en la mayor inquietud si no me veian volver. — Vm. es en efecto, me dijo, el primer franco que ha puesto aquí los pies, y esta es una razon para que sea tratado como amigo. El sultan es grande y Alá vela por todos! Acompañónos hasta las escaleras interiores que bajan, desde la meseta ó terrado del palacio del sultan, al laberinto de jardinillos del haren, de que ya he hablado, y nos confió al cuidado de un gefe de bostangis, que nos hizo pasar, de kiosko en kiosko, de terrado en terrado, todos llenos de flores y de fuentes, hasta la puerta de una alta tapia que separa los palacios interiores del serrallo de los grandes prados exteriores. Allí nos hallamos al pie de los enormes plátanos que se alzan á mas de cien pies de altura contiguos á las tapias y á los encumbrados balcones del haren: mas allá hay árboles frutales y grandes huertos cultivados por esclavos negros, cuyas cabañas están debajo de los árboles: numerosos arroyos riegan estos irregulares plantíos. No lejos del haren hay un antiguo y magnífico palacio de Bayaceto, abandonado á las yedras y á los pájaros nocturnos, todo de piedra, y de admirable arquitectura árabe. No seria difícil restaurarle y entonces valdria él solo tanto como todo el serrallo; pero la tradicion asegura que le habitan los espíritus infernales, y ningun Osmanlí penetra en él. Como

estábamos solos, entré en dos galerías subterráneas de aquel hermoso palacio, atestadas de escombros; las tapias y las escaleras me parecieron de primoroso trabajo. Llegado que hubimos á una puerta de las tapias del antiguo serrallo, retrocedimos, siguiendo un bosque de plátanos, sicomoros y cipreses, los mas corpulentos que he visto en mi vida, y dimos vuelta á los jardines exteriores, que nos condujeron hasta las orillas del mar de Mármara, donde hay dos ó tres magníficos palacios que los sultanes habitan en verano: las habitaciones se abren sobre la corriente del canal, y de continuo las refresca la brisa. Mas lejos, se alzan sobre collados de cesped pequeñas mezquitas, kioskos y estanques rodeados de antepechos de marmol y sombreados por gigantescos árboles. Allí nos sentamos, entre las flores y las sonoras fuentes: teníamos á nuestras espaldas las altas paredes del serrallo, y delante, una pendiente de cesped que remataba en el mar; entre el mar y nosotros se alzaba una cortina de cipreses y de plátanos, por entre los cuales entreveíamos las olas del mar de Mármara, las islas de los príncipes, los buques á la vela, cuyos mástiles se deslizaban de uno á otro árbol; Scútari, enrojecido por los rayos del sol en Occidente; las doradas cimas del monte de los Gigantes, y las cumbres de nieve de los montes

de Frigia, que servian de marco á aquel divino cuadro.

Tal es el interior de este misterioso recinto, la mas deliciosa habitacion de la tierra, — escena de tantos sangrientos dramas, donde nació y se robusteció el imperio otomano, pero donde no quiere morir, porque desde la destruccion de los jenízaros, el sultan Mahamud ya no le habita. Hombre de costumbres suaves y dado á los placeres, esas manchas de sangre de su reinado le repugnan; acaso tambien no se cree aquí seguro en medio de la poblacion fanática de Stambúl, y prefiere tener un pie en el Asia y un pie en su armada, en sus treinta palacios de las orillas del Bósforo. El caracter general de esta admirable residencia no es ni la grandeza, ni la comodidad, ni la magnificencia; su caracter es el del pueblo turco, — la inteligencia y el amor de la naturaleza. Este instinto de los sitios hermosos, de los mares esplendentes, de las sombras, de las fuentes, de los horizontes inmensos ceñidos por nevadas cumbres, es el instinto predominante de este pueblo: — en él se siente el perene recuerdo de un pueblo pastor y labrador que se complace en acordarse de su origen, y cuyos gustos todos son sencillos é instintivos. Este pueblo ha colocado el palacio de sus señores, su ciudad imperial, en la falda de la mas

hermosa colina que hay en todo el imperio, y acaso en el mundo entero. Este palacio no tiene ni el lujo exterior ni las misteriosas delicias de un palacio de Europa; no tiene mas que vastos jardines, donde los árboles crecen libres y eternos como en una selva virgen, donde las aguas murmuran, donde arrullan las palomas; estancias llenas de ventanas siempre abiertas; azoteas sobre los jardines y el mar, y enrejados kioskos, donde los sultanes, sentados detras de sus persianas, pueden disfrutar juntamente de la soledad y del encantado aspecto del Bósforo. Lo mismo sucede por do quiera en Turquía; emperador y pueblo, grandes y pequeños, no tienen mas que una necesidad, mas que un sentimiento, en la eleccion y el arreglo de sus viviendas, — disfrutar la vista de un hermoso horizonte; — ó, si la situacion y la pobreza de la casa lo impiden, tener por lo menos un arbol, pájaros, palomas, un cordero, en un rincon de tierra al rededor de su cabaña. Así es que donde quiera que hay un sitio elevado, sublime, gracioso, indefectiblemente se hallan una mezquita, un santon, un caserío: no hay un punto bello en la orilla del Bósforo, un collado, un risueño golfo de la costa de Asia y de Europa donde un bajá ó un visir no haya construido una quinta ó plantado un jardin. Sentarse á la sombra, delante de un mag-

nifico horizonte, con una frondosa enramada sobre la cabeza, con una fuente al lado, con la campiña ó el mar á la vista, y allí, pasar las horas ó los dias enbebecido en una vaga y silenciosa contemplacion, tal es la vida del musulman: esta aficion esplica la disposicion de sus habitaciones; — ella esplica tambien porqué este pueblo permanece inactivo, hasta que alguna gran pasion le subleva y le vuelve su energía nativa, que deja dormir en su pecho, pero que nunca pierde. No es locuaz como el Arabe; hace poco caso de los placeres del amor propio y de la sociedad; los de la naturaleza le bastan: — contempla, medita y hace oracion. Es un pueblo de filósofos; todo lo saca de la naturaleza, todo lo convierte á Dios. Dios está sin cesar en su mente y en sus labios, y no como una idea estéril, sino como una realidad palpable, evidente, práctica. Su virtud es la adoracion perpetua de la voluntad divina; su dogma, la fatalidad. Con esta fé, se conquista el mundo, y se pierde con la misma facilidad y con la misma indiferencia. — Salimos por la puerta que da sobre el puerto, y entro en el hermoso kiosko, situado en el muelle, adonde viene á sentarse el sultan cuando parten sus escuadras ó vuelven de alguna expedicion, y saludan al paso á su señor.